

Biblioteca-Films

50
CIS.

• R U S I A • 50
CIS.



Vladimir
Ildaroff

Marcella
Albani

BONNARD, *Ucivir*

BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

Distribución, Administración y Talleres:
VALENCIA, 384

Centro de Reparto de Publicaciones:
BARRARÁ, 9

Teléfono núm. 938 G.
BARCELONA

Núm. cat.

AÑO IV

1928

1928

APARECE TODOS LOS MARTES

A ENTREGARSE POR LA OFICINA PORTA 1

en francés: *Litene, Terre de Douleur*
(1928)

R U S I A

Intrigante drama de amor y celos
cuya acción se intensifica en creciente
y vivo interés; genial creación de

Wladimir Gaidaroff
y **Marcella Albani**
i **Wilhelm Die Terle**

.....
E A C U L T A T A
SELECCION OPTIMA, Programa
Vilaseca y Ledesma, S. A.
Via Layetana, 53 *Barcelona*
.....

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA



REPARTO

Vladimiro Kovostoi . . . **Wladimir Gaidaroff**

Ana Alexandrowna . . . **Marcella Albani**

PRIMERA PARTE

Era una noche invernal. Una de esas noches en la que el viento azotaba con furia los cristales de las viviendas y al nieve, como un sudario blanco, iba cubriendo rápidamente las calles y casas de la ciudad.

En Rusia casi todo el año es invierno, pero ninguno tan crudo como el de aquella noche, que hacía que sus habitantes permanecieran en sus hogares, resguardados del frío, sin atreverse a desafiar las inclemencias del tiempo. Eran contadas las personas que se arriesgaban a circular por las calles y la inmensa ciudad, con su silencio sepulcral, parecía una gran mole petrificada por la nieve.

De cuando en cuando, embudidos en largos abrigos de pieles y semejantes a seres extrahumanos, algunos hombres pasaban velozmente y entraban en los cafés, cuyas puertas, al abrirse, dejaban escapar una densa bocanada de aire fétido, corrompido por el

hacinamiento de cientos de personas que, faltas de hogar, buscaban un refugio contra el frío en aquellos sitios, concurridos, por regla general, por gente maleante.

No obstante la tempestad de nieve y de viento, un joven teniente de cosacos había abandonando las comodidades de su suntuosa morada y, júnctele en un soberbio caballo, se dirigía a una de las casas apartadas del centro de la población.

El amor, que nunca ha hecho distinciones de casta, ni de jerarquías, había unido, en aquel nido amoroso, a una humilde muchacha, encantadora flor del pueblo, con el joven Conde Wladimiro Kovostai, cuya nobleza de alma igualaba a la de su ilustre estirpe.

La unión de aquellas dos almas, que se amaban con el frenesí arrollador de la juventud, pléyrica de risueñas ilusiones, había sido bendecida por el nacimiento de un niño, que ayudaba con más fuerza todavía, el lazo que, voluntariamente y sin ceremonias alguna, los tenía ligados para toda la vida.

Estrechamente enlazados los dos amantes, contemplaban extasiados el sueño del pequeñito, cuando entró la vieja sirvienta y preguntó para despedirse:

—¿Manda algo más, mi señora Ana?

—Nada, Petrowna. Puede retirarse —le contestó la joven dueña.



— Santas noches les dé Dios a mi señora Ana y a mi señor Miguel—terminó diciendo la sirvienta.

Cuando nuevamente quedaron solos, Wladimiro dio nerviosamente varias vueltas por la estancia y exclamó angustiado:

— ¡Me repugna oírme llamar con un nombre falso! Parece que estoy cometiendo un delito con ocultar el mío verdadero!

— Sin embargo, es preciso—le dijo Ana, cariñosamente para consolarlo—. ¡Si la gente supiese que tú, un noble, un oficial de cosacos, amabas a una pobre muchacha como yo, los de tu clase te abandonarían, llegarían incluso a despreciarte y te verías alejado de todos y de todo lo que constituye tu vida!

— ¿Qué me importa a mí todo eso?—exclamó Wladimiro—. Mi vida eres tú y este hijo que lleva nuestra sangre!... ¡Te quiero con toda mi alma y te quiero más a la faz del mundo entero!

Ante aquel arranque de sincero cariño no pudo ella contenerse y estrechando entre las suyas las manos del hombre amado, sintió en un instante toda la inmensa felicidad de su amor. Pero pronto venció la emoción del momento y la serenidad hizo que nuevamente le aconsejara:

— Comprende, Wladimiro, que el secreto de nuestro amor, es tu felicidad... ¡Quién

sabe si la de nuestro propio hijo!... Vivamos como hasta ahora y no nos importe que nuestra situación no haya sido legalizada por los hombres, si Dios, con su infinita bondad, nos la ha bendecido, concediéndonos la alegría de ser padres...

— Eres buena, Ana!—contestó conmovido Wladimiro—. ¡Demasiado buena para todos, menos para mí! Con tal de hacer la felicidad de los demás, nada te importa tu propia desgracia, pero esta misma noche hablaré con mi madre y, te juro, que nuestra situación quedará definida.

Y con un beso puro, casto, lleno de toda la noble pasión que encerraba en su alma, el Conde Wladimiro Kovostoi, salió de aquella casa que guardaba para él toda la felicidad de su vida.

Mientras tanto, en uno de los cafés donde solía reunirse la gente maleante, Boris Molchanoff, un conspirador que había sido condenado por algunos años a Siberia y que había logrado escapar, volvía de nuevo a encontrarse con los suyos y pedía noticias de todas aquellas personas que más le interesaban.

Desde niño había conocido a Ana Alexandrowna, la madre del hijo del Conde Kovos-

for y una insana pasión fué desarrollándose en él, a medida que transcurrían los años.

Empezó a acosar a la joven con súplicas, en un principio, y cuando vió que no obtenía nada de ella por este medio, recurrió a otro procedimiento, haciendo que la muchacha se viera en más de una ocasión, sin culpa alguna, comprometida en los complots que preparaba Boris.

Las primeras frases de éste fueron preguntar por Ana, pero ninguno supo darle razón de ella. Parecía como si hubiese desaparecido de la tierra. No obstante, una de las muchachas que se hallaban presentes y que sentía por Boris una gran admiración, quiso vengarse de los desprecios del conspirador, y le dijo:

—En mal sitio has ido a poner los ojos, Boris... Mala hiecha es Ana. Contigo se hacía la santa y ahora se hace mantener por un hombre... Vive con un joven misterioso... un aristócrata, según se dice...

—¿Mientes? gritó Boris, sin querer dar crédito a las palabras de la joven... Ana es incapaz de eso y menos de estar unida con un aristócrata! La envidia y los celos te hacen acusarla de esa forma...

—Puedes creerme, o no —respondió la muchacha—. Preguntarle por ella y te he dicho la verdad, pero si quieres asegurarte puedes



— Puedes creerme, o no...

ir al número 8 de la calle Kintill y la encontrarás en los brazos de su amante.

El veneno de los celos se había adentrado en el corazón del conspirador con tal fuerza que, sin detenerse un instante, se encaminó hacia el lugar indicado.

Al llegar a la casa vió luz en el interior y trepó por una ventana de escasa altura, hasta entrar en el interior.

Como un ladrón que va dispuesto a vender cara su vida en el caso de ser descubier-

to, empuñó Boris un cuchillo y penetró decidido en la habitación.

Un grito de espanto se escapó del pecho de Ana, cuando vió aparecer ante ella la figura repulsiva del conspirador, y exclamó:

—¡Boris!

Este no contestó nada. Con una sonrisa satánica contempló al efecto que había causado en la muchacha su presencia, y cuando sació este insano deleite, contestó:

—¡Sí, yo, Boris!... ¿Qué te creías, que no iba a volver?... ¿Quién te paga todo este lujo?

—¿Y tú, con qué derecho me lo preguntas?—contestó ella, procurando estar serena.

—Es verdad. No tengo ningún derecho, pero me place averiguarlo.

Es inútil tu pretensión. Jamás te lo diré, aunque supiese que había de costarme la vida!—volvió a decirle Ana.

—Ya sabes que jamás te causaré ningún daño. Sabes que desde niño soy siempre con tu cariño.

—¡Soñabas!... ¡soñabas arruinar mi existencia y poco ha faltado para que tu deseo se realizase! Intentaste más tarde saciar tus infames apetitos y mi negativa es lo que siempre te ha exaltado.

—¡Yo te hubiera hecho ceder, de no haber sido deportado! Pero he huido del presidio por ti... por volver a tu lado solamente!



—Eres más bella que antes.

Al decir esto iba acercándose a la joven y sus ojos adquirían un brillo extraordinario que imponía miedo. Después de contemplarla durante algunos segundos volvió a decir:

—Eres más bella que antes, Anita, mucho más. Eres bella, aunque trisie y desolada, como la estapa bajo su manto de nieve.

En aquel instante se oyó el llanto de un niño y los celos adormecidos de Boris se despertaron con más fuerza, al notar la presencia de aquel ser que era la prueba más evidente de que lo que le había dicho su compañera de café era cierto.

Se levantó para dirigirse hacia la habitación donde estaba el pequeño, pero la madre, de un salto, se le adelantó y entró en el cuarto cerrando tras ella.

Desde那时 Boris hacía esfuerzos para entrar y Ana comprendió que dentro de pocos segundos caería ella y su hijo en manos de aquel desalmado, que en su ceguera apasionada no respetaría la vida de ninguno de los dos. No tenía más remedio que huir, pero hasta la huida se le hacía imposible. ¿Cómo salir, si la única puerta era aquella, en la que estaba Boris?

Recurrió angustiosamente con la mirada todo el cuarto y vió la ventana. Si era lo mejor. No le quedaba otro recurso que escapar por allí, si quería librar a aquel pe-

cazo de su alma de las iras del terrible conspirador.

Se encaramó sobre ella y apretando a su hijo contra su pecho se lanzó a la calle.

Con ese instinto tan propio de las madres, supo tirarse de manera que, al caer, el pequeño sufriera el menor daño posible.

Boris seguía sus esfuerzos para derribar la puerta que le impedía entrar en la habitación donde creía que todavía estaba Ana, y no se dio cuenta que en la calle se había reunido un pelotón de cosacos que vigilaban la casa, mientras que otro entraba en ella.

La fuga de Boris había sido advertida y le habían seguido los pasos hasta dar con él.

Cuando, por fin, se dio cuenta de que estaba en poder de aquellos, un escalofrío de terror heló su sangre, quiso huir por la ventana, pero pronto rechazó este pensamiento, al ver que la calle estaba llena de soldados. La visión terrorífica de la Siberia se le presentó en todo su tenebroso aspecto y antes de volver a aquella vida, cien veces peor que la muerte, prefirió ésta y se suicidó.

Cuando los cosacos entraron en la casa, el cuerpo de Boris, el feroz terrorista aparecía en el suelo en medio de gran charco de sangre.

SEGUNDA PARTE

Tal y como había prometido a su amada, el Conde Kowstói, ageno a cuanto le sucedía a ésta, en aquellos momentos hablaba con su madre y le daba cuenta de sus amores, diciéndole:

—Madre, amo a una mujer con toda mi alma, pero temo que mi padre se oponga a mi boda y quiero que me prestes tu ayuda.

—¿Por qué ese temor? Ya sabes que el Conde Kowstói nunca se opuso a ninguno de tus deseos y si ella es digna de ti tampoco pondrá reparo a que hagas tu felicidad.

—Sí, madre; es digna de mí, pero es una muchacha del pueblo. Buena como una santa, pero su condición es muy inferior a la nuestra.

—Entonces, lo mejor que debes hacer es olvidarla—respondió la anciana Condesa—. Tu padre no consentirá nunca, ese matrimonio sería deshonesto para nuestro apellido.

—No, mamá—volvió a insistir Wladimiro, abrazando a su madre, para conmovierla y

que le otorgase su ayuda—. No puedo olvidarla, porque me ha hecho padre de un hijo, a quien adoro con toda mi alma.

Sacó el retrato que del niño siempre llevaba encima y se lo enseñó a la madre, que enternecida, al fin, ante la presencia de aquel nuevo ser que llevaba su misma sangre, se le quedó contemplando durante unos momentos y le preguntó:

—¿Cómo se llama?

—Ángel—respondió su padre.

El viejo Conde de Kowstói había oído la última parte de la conversación y acercándose al grupo que formaban madre e hijo, le preguntó a éste.

—¿Me parece haber oído algo de matrimonio, de quién se trata?

—De mí, padre—contestó humildemente Wladimiro.

—Me agrada tu decisión, puesto que estoy seguro que habrás sabido elegir a una mujer de nuestro rango y digna de ti.

—La mujer a quien he elegido para esposa es digna de mí, padre, pero de diferente condición a la nuestra. Es de una familia humilde. Se halla sola en el mundo y es tan buena... Me ama y confía ciegamente en mí.

—¿Pero tú estás loco?—respondió el padre, abandonando aquel gesto de bondad con que había aparecido momentos antes—. Tú no puedes casarte con una cualquiera, aun-

que creo que estás exaltado por los primeros momentos y que esa locura que te ha entrado pasará pronto.

—Es que no es tan sólo el amor lo que nos une para siempre. Hay un lazo mucho más fuerte y contra el que no es posible anteponer prejuicios de castas ni de distinciones—exclamó el joven teniente, entregándole a su padre el retrato de su hijo.

—¡Un hijo!—exclamó el padre—. Ahí así, ese casamiento es imposible. ¡El pueblo nos odia! Esa muchacha de baja estofa merece amarte, pero con su cuenta y razón. Y al terminar de hablar cogió el retrato que tenía en la mano y lo hizo añicos.

Aquel acto de su padre repercutió en el corazón de Wladimiro, como si en vez de haber roto un trozo de cartulina le hubieran partido el alma en pedazos. Aún tuvo suficiente fuerza de voluntad para no rebelarse ante aquel acto de injusticia y salió de la sala dispuesto a huir de su casa.

Al ir a entrar en sus habitaciones le detuvo un soldado y le entregó una orden que decía:

II. REGIMIENTO DE COSACOS

Orden de servicio

El teniente Wladimiro Kowstol, detendrá esta misma noche a un grupo de revolucio-



Rebeldes de folgo.

narios que se hallan conspirando en el café Riskoff y los pondrá a la disposición del Tribunal Militar, para que sean juzgados inmediatamente.

Leyó la orden y, guardándosela, le dijo al ordenanza que la había traído:

—Está bien. Esperarme en la puerta, en seguida salgo.

En efecto, algunos segundos después, el teniente Kowsloi, al frente de sus hombres, se dirigía hacia el mencionado café para cumplimentar la orden que había recibido de sus superiores.

Ana Alexandrowa, vagaba en aquellos momentos por la ciudad, con la muerte en el alma y entre sus brazos toda su vida, que procuraba abrigar, resguardándolo de la nieve que no había cesado de caer. Rendida de fatiga y de dolor, su mala fortuna la hizo buscar refugio en el café Riskoff, en espera del alba, para informar a Wladimiro de lo que le sucedía.

En una habitación discreta del establecimiento, se reunía diariamente un grupo de conspiradores, para tramar secretamente sus planes de terror y de muerte...

Ana, sentada en un rincón del café, era objeto de las miradas codiciosas de los clientes, y su rostro, encendido por la vergüenza

de verse en aquel lugar mezclada con la chusma, sentía el fuego lujurioso de aquellas miradas que había despertado su presencia. No obstante, procuró pasar desapercibida en un rincón del café y pronto la concurrencia, entregada por completo al vicio, olvidó a la nueva visitante y siguieron bebiendo y cantando, como antes.

Wladimiro y sus hombres habían llegado también al café y directamente, sin detenerse más que para dar algunas órdenes, con el fin de que la puerta estuviese vigilada, entró en el café y se dirigió derechamente hacia la disimulada habitación.

—¡Ulama! —ordenó a un soldado—. Si no abren, rechá abajo la puerta.

Hízolo así el subalterno, pero por toda contestación, se oyó un disparo y el pobre cosaco rodó por la escalera, mortalmente herido.

A partir de este instante, la confusión fué apoteósica. Los hombres sacaron sus pistolas y quedó convertido el salón del café en un campo de batalla. Ana, desde su sitio, procuraba sustraerse a la pelea y arrinconada donde estaba escondía contra su pecho a su hijo, ante el temor de que una bala pudiera matarlo.

Poco a poco fueron quedando prisioneros todos los del café y uno de ellos, al disparar sobre un cosaco, arrojó el revólver a los pies

de Ana, que fué detenida, como conspiradora y como presunta asesina del soldado.

A latigazos, los soldados iban obligando a salir a los detenidos y en el momento en que uno de ellos iba a descargar un golpe sobre la infeliz Ana, Wladimiro la reconoció y sujetó en el aire el ademán del soldado.

Nunca hubiera podido imaginarse el enamorado teniente, que al realizar aquel servicio, se iba a encontrar con Ana. Pero las apariencias la condenaban y él como buen militar tenía que cumplir con su deber, aunque, al hacerlo, se le desgarrase el corazón.

Pocos días después, el Tribunal Militar, encargado de reprimir los desmanes de los conspiradores, juzgaba a Ana Alexandrowa.

Entre los que asistían a la vista de la causa se hallaba Wladimiro Kowstui. En su rostro cualquier persona que lo hubiera conocido días antes, habría adivinado sin dificultad alguna el sufrimiento que experimentaba en aquellos momentos.

Otra persona que no podía sustraerse a la compasión que inspiraba el dulce aspecto de Ana era un joven cosaco que se hallaba al lado de ella custodiándola y que no podía creer que, aquella mujer de una belleza tan pura y angelical, pudiese pertenecer a aquella clase de gente, que estaba juzgando el Alto Tribunal.

Por fin, le tocó el turno a Ana y ésta se



Por fin, le tocó el turno

levantó con el niño en los brazos. El fiscal dió comienzo a su acusación, expresando las circunstancias en que había sido detenida y justificó su demanda de condena en los siguientes términos:

"Como representante de la Ley, creo que se debe condenar a Ana Alexandrowa por reincidente. Esta mujer ha sido ya detenida en otras ocasiones y si bien es verdad que nada pudo comprobarse en contra de ella, es también cierto que fué ella la frecuentadora de la guarida de los conspiradores y la que

indujo a Boris a cometer su crimen. Cuando éste se evadió del presidio buscó refugio en casa de su compañera de ideas y para no volver a caer en manos de la justicia, se suicidó. La mujer, más cobarde, evitó el arresto apelando a la fuga, pero poco después vengó la muerte de su cómplice, lo que hace creer que era uno de sus amantes."

Ana no oía nada. Sus ojos estaban fijos en Wladimiro que con el corazón destrozado por el dolor oía toda la acusación que pesaba sobre aquella mujer a quien él había creído siempre pura e inocente y que ahora resultaba ser un ser despreciable.

El fiscal había terminado su lectura y para basar aún más su acusación le preguntó a Ana.

—¿De quién es ese niño?

—Mín—respondió Ana, sin detenerse.

—Pregunto, que ¿quién es su padre?

Por un instante Ana pensó en decir toda la verdad. Sus ojos se dirigieron hacia donde estaba Wladimiro y sus miradas se encontraron. Ella pareció leer en la de él la responsabilidad que sobre ella pesaba y ya no dudó un instante en contestar:

—Boris Moicianoff!

Si alguna duda quedaba en el alma de Wladimiro aquella declaración de Ana acababa de disiparla, puesto que ella misma

confesaba que había tenido un amante y recordó las palabras de su padre, diciendo:

—"El pueblo nos odia... Nos odia... Esa muchacha finge amarla."

Luego todo aquel amor que ella habíale mostrado era fingido. Había sido un juguete en sus manos, pero el recuerdo de los días felices, la vehemencia que ella en sus palabras de amor y el fuego de aquellas miradas no podían ser falsas. Todo esto era una ilusión suya. Ana era buena, nunca había dejado de serlo, solamente que las circunstancias o la fatalidad la habían llevado aquella noche, por una causa que él no podía descifrar, al café de los revolucionarios.

Mas, luego, estas reflexiones desaparecían rápidamente y la duda cruel, afianzada por la afirmación de ella, le hacía creerla culpable.

Esperó la sentencia y ésta, desgraciadamente fué fatal para los detenidos. Se condenaba en masa, inexorablemente, al destierro, a la Siberia sin límites, como su misma desolación, lejana como la esperanza del retorno.

TERCERA PARTE

Arrojados sobre el suelo, amontonados unos sobre otros, como bestias encerradas en un misero corral, así los desgraciados desterrados se hacinaban en la cárcel, sin más consuelo que el que ellos mismos se prestaban y sin más amparo que el de una muerte próxima que los librara de los sufrimientos que les aguardaban en las tierras de expiación. Por muy grande que fuera el crimen de aquellos desgraciados, era mucho mayor el castigo a que se veían sometidos, castigo que no era todavía nada comparado con las penabidades que les aguardaban.

Ni aún la conida se acordaban de darle sus carceleros, cuando aquella mañana entró el cosaco que durante la vista de la causa había demostrado tanta clemencia hacia Ana, y ésta le dijo, mostrándole el estado en que se hallaba su niño.

—Hoy no le han traído ni una gota de leche... tiene hambre.



Ni aún la conida se acordaban de darle sus carceleros.

El buen cosaco tomó entre sus brazos a la criaturita y haciendo un gran esfuerzo, le dijo a la madre:

—¿Sabéis que mañana es la marcha?

—Sí; hoy nos lo han comunicado, para que estemos preparados—respondió Ana.

—¿Y sabéis lo que eso implica para vuestro hijo?—volvió a preguntar él—. Esta marcha es la muerte para el pobre niño, que no podrá soportar el frío de aquellas regiones. Debéis dejarlo aquí a alguien que os conozca.

—¡Nunca!—gritó Ana en un arranque de puro egoísmo maternal—. Mi hijo irá conmigo donde yo vaya. Yo sabré resguardarle del frío con el calor de mi cuerpo.

—¡Pobre mujer!—se conmovió el cosaco—. Vuestro sacrificio sería inútil. Ni aun las personas mayores pueden resistirlo. Muchas de ellas mueren antes de llegar al final de la jornada. ¿Por qué no me lo dejáis a mí?... Mi madre está sola... y es tan buena... como todas las madres. Tendrá para él cuidados y ternuras... Cuando regrese usted lo encontrará más fuerte y hermoso que nunca...

Las palabras de aquel buen hombre y su modo de hablar, inspiraban tal confianza que Ana empezó a dudar. Comprendió él que había llegado el momento oportuno de obrar y cogiendo entre sus brazos el niño hizo ademán de salir, pero la madre aun lo re-



El buen cosaco tomó entre sus brazos a la criaturita.

tuvo un momento cubriéndolo de besos, mientras empapaba su carita infantil con las lágrimas que brotaban de sus ojos.

Y en tanto la madre caía anonadada por el dolor más grande de todos los dolores, el pequeño, en la santa inconsciencia de la infancia, dormía plácidamente, soñando tal vez en cosas risueñas.

Wladimiro había pasado unos días en completo aislamiento. El dolor de su alma no encontraba lenitivo en las caricias de su

madre y la imagen de Ana y de su hijo no se apartaba ni por un momento de su imaginación.

Era tal su amor por ella, que aún creyéndola culpable, encontraba justificación a su conducta.

Su madre procuraba tranquilizarlo, pero todo era inútil.

—No puedo, madre; no puedo—contestaba el joven a las palabras de consuelo de su madre—. La quiero con toda mi alma y nunca podré olvidarla.

Piensa, no obstante, hijo mío, que ella no es acreedora a que sufras así. Ella misma confesó su culpa, diciendo que había tenido un amante, que era el padre del niño que quería hacer pasar por hijo tuyo.

—Estoy seguro que mintió. Mintió tal vez por no mencionar mi nombre. ¡Necesito saber la verdad! Es preciso que yo la sepa y la sabré aunque para ello tenga que dedicar toda mi vida.

Al día siguiente era el señalado para la marcha hacia Siberia. Hacia esa tierra maldita, cuyo nombre helaba la sangre de los desterrados, más que el frío de sus nieves y el aullido de los lobos.

El rebaño de condenados, caminaba hacia el destierro, o hacia la muerte por la ruta sin fin, resignados, como bestias, al terrible

sufrimiento, curvada la espalda bajo el peso de su abrumadora cruz.

Para conducir a estos seres infortunados se buscaban hombres sin corazón, que los hacían andar a fuerza de latigazos. Para los desterrados no había compasión alguna. Cuando alguno, caía extenuado por el frío o por el hambre, sus guardianes les hacían marchar de nuevo golpeándoles sin piedad, hasta que por fin la muerte ponía fin a sus sufrimientos.

Ana, entre aquellos desdichados, sufría menos que ellos las inclemencias del tiempo y el cansancio de la marcha, gracias a la bondad del buen cosaco, que había procurado que la pena que le había sido impuesta la sufriera con el menor pesar posible.

Partía con ella su ración de rancho, cuando no lo veía nadie y hasta llegó a procurarle durante unos ratos un sitio en uno de los trineos.

Caminaban durante todo el día y cuando llegaba la noche hacían alto en uno de los sitios que habían sido preparados de antemano y gracias al gran número de personas que se encerraban en un pequeño recinto, el frío parecía disminuir en algo.

Al segundo día de caminar, hicieron alto aquella noche y el buen cosaco procuró unas hierbas secas para cubrir a Ana y preservarla del frío.

Pero otro de los deportados había visto la acción del cosaco y se aprovechó momentos después de ella, metiéndose también entre las matas.

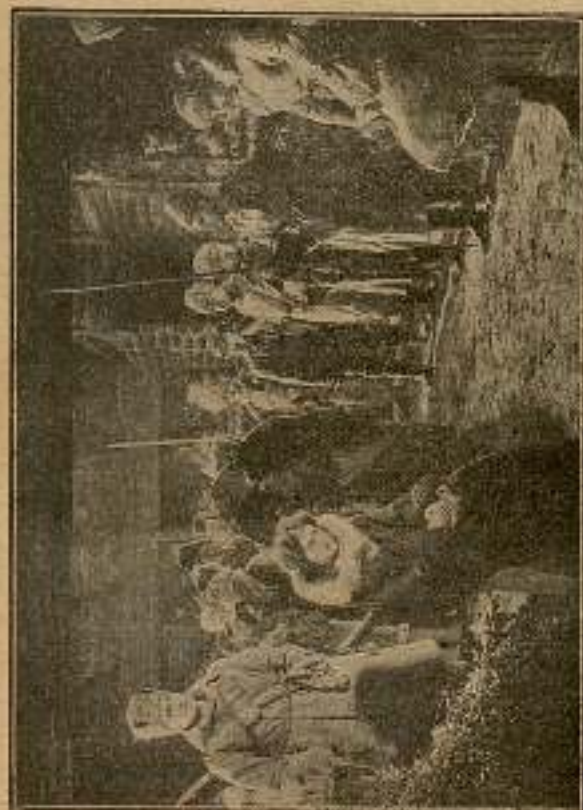
Cuando llegó la mañana, entraron de nuevo los cosacos para recoger a los condenados y continuar la marcha, pero el buen cosaco ya había procurado abrir un agujero en la pared del barracón donde dormía Ana, y su compañero, al verlo, la dijo:

No hay tiempo que perder. Huyamos por aquí antes que se den cuenta.

Arrastrada por aquel hombre y sin voluntad alguna, Ana se dejó llevar, y al salir fuera de la cabaña, un soldado que custodiaba un trineo, fué a dar la voz de alarma. Como un felino se arrojó sobre él, el deportado haciéndole enmudecer para toda la vida y, apoderándose del trineo emprendió veloz carrera en sentido opuesto, llevándose consigo a la muchacha.

Sus guardianes, al notar la falta de dos de los desterrados, salieron en su persecución, pero, afortunadamente, los caballos del carruaje que montaba Ana eran mucho más veloces que los de sus perseguidores y pronto estuvieron fuera de su alcance.

Durante todo el día no se detuvieron más que lo preciso para darle un descanso a los animales y cuando llegó la noche se encontraron con un circo.



Huir condecorados y los cosacos...

El hambre y el cansancio los hizo detener allí y entraron a uno de los carros, diciéndole al encargado de él:

Venimos de Siberia y hace más de tres días que casi no hemos comido. No por mí, por ella, por esta pobre mujer, tenga compasión de nosotros y déjenos descansar aquí esta noche.

El buen hombre, compadecido de la desventura de aquellos dos seres, no se opuso a su deseo y hasta les trajo alguna comida, con que pudieron reponer sus fuerzas.

—Es lo único que tengo —les dijo a la vez que les entregaba los alimentos—. Yo soy un criado del circo y mi amo no es tampoco de los más buenos que digamos. Es un hombre que no tiene más cariño, ni más goce que el de ahorrar dinero.

—¿Cree usted que nos echará?—preguntó Ana, tímidamente.

No lo creo, aun cuando es muy bruto. Por lo pronto podéis estar toda la noche. Hasta la madrugada no suele venir a revisar el carro, de forma que estad tranquilos.

Y por primera vez, después de varios días de sufrimiento, pudo Ana acostarse en un lecho que, si no contenía todas las comodidades, ofrecía, por lo menos, la esperanza de ser menos duro que el suelo de la prisión.

El fugado con ella debía ser, sin duda alguna, otra víctima de la fatalidad, puesto

que durante el corto espacio de tiempo que la acompañaba no había hecho otra cosa que demostrar la bondad de su corazón.

Antes de acostarse arrojó cuidadosamente a la joven y se la quedó mirando con el mismo embeleso que si fuera su hija.

—¿No os acostáis?—le preguntó Ana, al verlo en aquella actitud.

—Sí—respondió él—. Os estaba contemplando, porque sois el mismo retrato de mi hija, que próximamente tendría ahora vuestra edad.

Por la mente de aquel hombre debió pasar un triste pensamiento, porque al terminar de decir estas palabras los ojos se le llenaron de lágrimas.

No pasó para Ana desapercibida la emoción de su buen amigo y procuró consolarlo, diciéndole:

—Hay que resignarse con la suerte, compañero. Yo también tengo un hijo a quien no sé si volveré a ver más. Descansemos antes que venga el dueño del circo y demos gracias a Dios por haber encontrado a este buen hombre que no nos ha negado su albergue.

Las primeras luces de la mañana asomaban débiles por Oriente, cuando Korpakoff, el dueño del circo entró en el carro, y, al ver a aquellos desconocidos le preguntó a su criado:

—¿Quién es esta gente?

—Son unos pobres deportados—respondió el muchacho—. Me han pedido hospitalidad y me ha dado compasión el negársela.

—¿Pero tú te has creído que mi circo es un hotel para albergar los vagabundos?—volvió a decir el dueño.

—Perdóneme—suplicó el criado—. Pero estaban tan rendidos, tan agotados, que inspiraban piedad sin límites.

Al ver el mal aspecto que tomaba aquel asunto para el pobre sirviente, Ana terció en su favor e imploró:

—¡Venimos de allá abajo... de Siberia... ¡Tenga compasión de nosotros!

—¡Tómenos usted—solicitó el deportado—. En el circo podremos pasar por extranjeros y usted habrá hecho una buena obra.

—¡De ninguna manera! ¡No quiero cuestiones con la policía!—exclamó el dueño.

Pero nuevamente Ana insistió en sus súplicas y Korpanoff, después de quedársela contemplando un rato, comprendió que la belleza extraordinaria de la joven sería un atractivo más para el circo, y respondió:

—¡Está bien!... Quedaos!... Pero será necesario que me obedezcais ciegamente y trabajéis como todo el mundo... Si no os denunció. Vuestra suerte está en mis manos.

CUARTA PARTE

Durante todo este tiempo, Wladimiro Korwlot, no cesaba en su deseo de rehabilitar ante sus ojos a la mujer amada. La verdad que con tanto afán buscaba parecía jugar con él y su desesperación no tenía límite. Todas sus pesquisas, sus indagaciones y el espionaje que había montado, no le dieron resultado alguno. Los únicos que podían informarle eran los compañeros de Boris. ¿Pero cómo presentarse ante ellos con su título de aristócrata? Lo mejor en este caso era mezclarse con los conspiradores, hacerles creer que era uno de tantos y de tal forma no le sería difícil conocer la verdad, que por muy triste que fuese, nunca lo sería tanto como la cruel incertidumbre que lo torturaba.

Para ello pidió licencia en el regimiento y, una vez obtenida, se despidió de su madre en una carta que decía:

"Mamá, siento la pena que voy a causarte, pero no puedo vivir por más tiempo en este mar de dudas. Me voy en busca de la verdad. Quiero saber si Ana es culpable o inocente. Perdóname que me separe de ti.

"Bendíceme.

"Wladimiro."

Desde aquel día el conde Kowoskoi, vestido como un simple obrero, frecuentó toda clase de garitos, hasta que finalmente obtuvo la confianza de los del partido revolucionario. Asistió a sus reuniones, conoció todos sus proyectos, pero la incógnita que anhela descubrir permanecía todavía envuelta en el misterio, hasta que una noche que se preparaba un atentado oyó decir:

—Mañana será la reunión decisiva... No faltéis. Acordaos de Boris; él no titubeó nunca.

—Y pensar que hemos dejado deportar a su mujer—exclamó otro de los conspiradores.

Pero una muchacha, la misma que en otra ocasión denunció a Boris el domicilio de Ana le atajó diciéndole:

—No mezcléis el nombre del camarada Boris con el recuerdo de esa mala mujer!... Ella, solamente ella, fué su desgracia. Exal-

taba hasta el delirio las pasiones de Boris, rechazándole perfidamente, mientras se entregaba en cuerpo y alma a un aristócrata.

¡Eso no es cierto!—exclamó Wladimiro, queriendo convencer hasta el final toda aquella historia que tanto le interesaba—. Si fuera, como tú dices, no hubiera ella misma confesado que Boris era el padre de su hijo.

—Yo sé que eso no es verdad. Ana mintió para salvar a su amante, al aristócrata; estaba ciega por él y prefirió su desgracia antes que mezclar el nombre de éste en un proceso que nada bueno podía acarrearle.

—No nos perdamos en discusiones inútiles—gritó el que parecía mandar a aquellos hombres—. Es necesario obrar y obrar sin dilación esta misma noche penetraremos en los subterráneos del palacio Repul y volaremos el edificio con una bomba. Ya sabéis que quien prenda la mecha tiene segura la muerte.

Tan aferrados estaban aquellos seres a sus ideas que ni aun la certeza de una muerte próxima hizo mella en sus ánimos. Aguardaron tranquilamente el sorteo y la suerte señaló como ejecutor de la orden a Wladimiro.

Algunas horas después el joven conde de Kowoskoi entraba, acompañado de tres conspiradores más a los subterráneos del pa-

lacio y hacia como que colocaba la mecha en el lugar indicado.

Cuando volvió a reunirse con ellos, sus compañeros quisieron estrecharlo por el feliz resultado de su hazaña, pero Wladimiro retrocedió diciéndoles:

—¡No me abracéis!... ¡Yo no soy ningún conspirador! ¡Soy el conde Wladimiro Kowstoi!

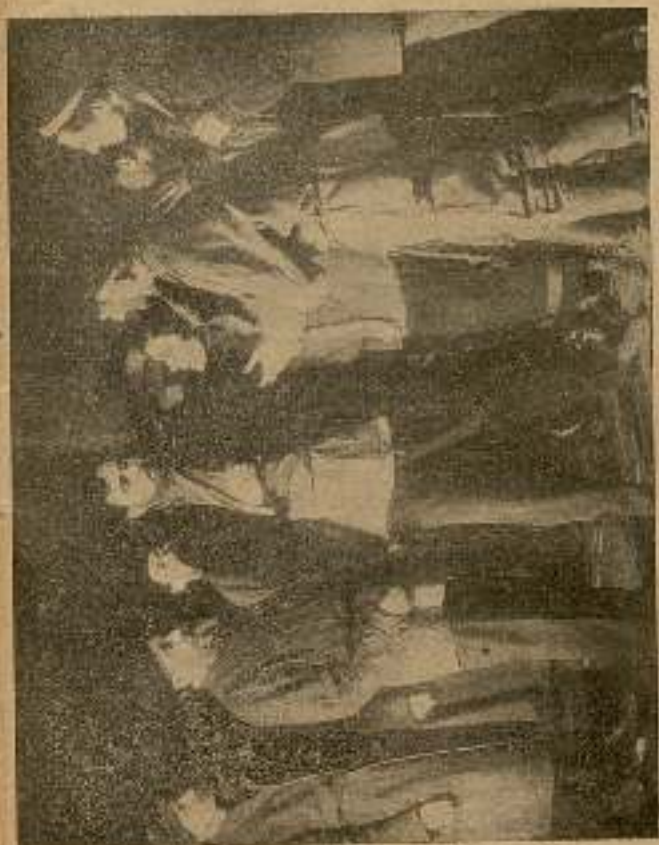
—Os he seguido hasta aquí para impedir la locura que pretendiais. La vida de nuestros semejantes es sagrada y la semilla del odio es estéril como la arena del desierto. No por odio implacable, sino por una duda atroz, me hice de los vuestros y ahora me considero feliz por haber podido evitar esta catástrofe...

—¡Maldito, nos has traicionado!... ¡Nos has perdido!— exclamó uno de los conspiradores.

—¡No, eso jamás!— respondió el conde — ¡Jamás hice traición a nadie!... ¡Huid o seréis sorprendidos por la policía!... Tenéis solamente tres minutos de tiempo para poneros en salvo.

No obstante las palabras conciliadoras de Wladimiro, el que primeramente había hablado sacó disimuladamente su pistola y disparó sobre Kowstoi, que cayó bañado en sangre.

Al ruido de la detonación acudieron varios



sirvientes del palacio y recogieron al herido, mientras anunciaban a su señor lo que acababa de suceder.

Inmediatamente el general Repuía reconoció en el herido al joven oficial y le preguntó extrañado:

— ¡Teniente Kowstoi!... ¿No me dijo usted que se iba fuera de Rusia?

— En efecto, eso era lo que había pensado, mi general; pero me enteré que esta noche se intentaba un atentado contra usted y me afilié al partido para evitarlo.

Pasaron unos días y Wladimiro Kowstoi, en completo restablecimiento, recibió la visita del general Repuía y de su hija, que venían a darle las gracias por su heroica acción.

— ¡Mi hija y yo le debemos a usted la vida!... ¡Palabra de soldado, no lo olvidaré nunca! Si alguna vez me necesita, acuda a mí en la seguridad que le serviré sea lo que sea.

Entre tanto, Ana Alexandrowa había terminado su instrucción artística y preparaba para aquella noche su debut. Vestida de odalisca, con medio cuerpo al aire, su belleza adquiría mayores proporciones y el dueño del circo, entusiasmado por la gran afluencia del público, le dijo:

— Indudablemente, muchacha, eres hermosa y tienes suerte. Para ser el día de tu debut

debes estar orgullosa. Tenemos un gran público, un público distinguidísimo...

Ana sonrió ante la lisonja del dueño, pero su pensamiento estaba muy lejos de allí.

Pensaba en su hijo, en aquel trozo de su vida, y en el otro. ¿Por qué no la buscaba? ¿Dudaba acaso de ella? ¿La creería también culpable, como los jueces inexorables que la habían condenado?

Todas estas preguntas se hacía mentalmente y un sollozo ahogada, como la pena que ocultaba su alma, subió a su garganta.

Su compañero, el que la ayudó en su huida de Siberia, había llegado a conocer la triste historia de Ana y se acercó a ella para consolarla, diciéndole:

— Vamos, muchacha, seca esas lágrimas y piensa que esta noche es la de tu debut. Debes aparecer bella para que éxito sea completo.

— Ya sabéis que nada me importa en la vida—respondió Ana—. Mi único deseo es encontrar a mi hijo y al hombre a quien amo.

— No desesperes por eso. Hasta ahora la suerte te ha sido adversa, ya llegará el día que te sonría y te resarcirás con creces. Tú eres joven, todavía puedes ser feliz.

Cuando Ana salió a la pista, su belleza despertó un murmullo de admiración y un noble que ocupaba un palco, uno de esos seres ridículos que se creen nuevos donjuanes, em-

pezó a hacerle señas a la muchacha, mientras le decía a su compañero:

—¡La he flechado!... ¡No me quita los ojos!... A un hombre como yo ninguna mujer se le resiste.

Y cuando terminó la función entró a hablar con el dueño, ofreciéndole un buen regalo a la vez que le decía:

—De todas sus artistas, la que más me gusta es la que muchacha que ha salido en último lugar. ¿De dónde la ha traído usted?

—Ha sido una gran casualidad el encontrarla. Iba con unos gitanos y los abandonó por trabajar en mi circo.

—¿Y usted cree que aceptará si la invito a cenar?—le preguntó el ridículo conde.

—Indudablemente. Voy a decírselo y en seguida sale.

Entró el dueño del circo en el camerino de Ana y le dijo sonriendo:

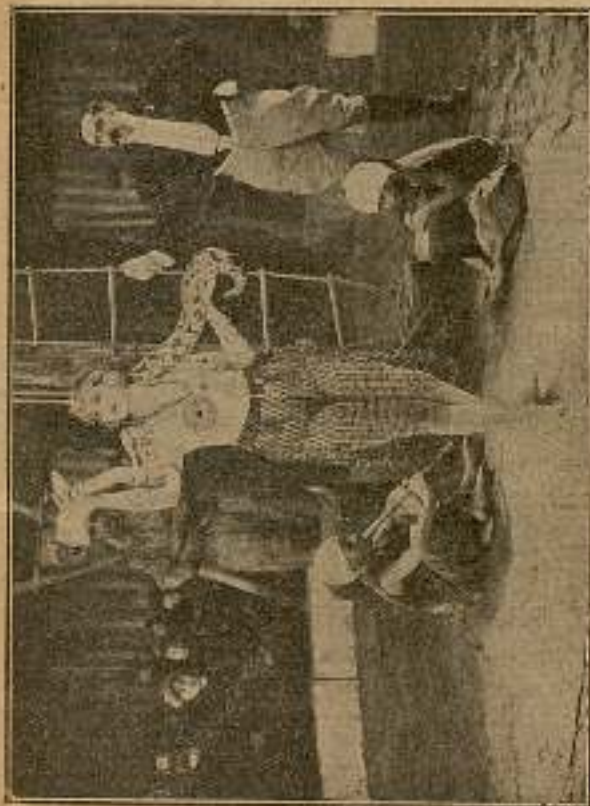
—El conde Alejandro te dispensa el favor de invitarte a cenar.

—Dígame que agradezco su invitación, pero que no puedo aceptarla. Me encuentro mal y quiero descansar—respondió Ana.

—¿Serás capaz de negarte a una petición de un noble? exclamó el dueño.

—No creo que tenga ninguna obligación—volvió a decir la joven.

—¡Lo que tú tienes que hacer es obedecerme a mí!... Ya sabes que te admití con



Quando Ana salió a la pista...

esa obligación... — gritó descompuesto Korpanoff.

El temor a la denuncia la hizo al fin aceptar y se dirigió con el conde a la suntuosa mansión de éste.

Con esa astucia propia de mujer enamorada, se enteró de todo cuanto deseaba de Wladimiro y fingió estar alegre, hasta el extremo de que el aristócrata, creyendo la partida ganada, intentó besarla.

Ana procuró esquivar la acometida del conde disimuladamente, pero ante la insistencia de éste, que pretendía besarla, se des- hizo de él de un manotazo y huyó hacia el circo.

Al entrar en su cuarto vió a su antiguo compañero, que le preguntó, al verla llegar en aquel estado:

—¿Qué te ha ocurrido, muchacha?

—¡Que ese imbécil ha querido abusar de mí y me he visto obligada a abofetearle! — repuso Ana llorando. — ¡Mañana lo sabrá Korpanoff y me echará!

—No tengas cuidado, Korpanoff no hará eso, y si lo hiciera, aquí estoy yo para prestarte ayuda.

QUINTA PARTE

Al día siguiente de ocurrir los hechos que acabamos de relatar, el conde Wladimiro Kowstol recibía una carta de Ana, que era un llamamiento angustioso.

"Adorado Wladimiro:

"Por fin puedo escribirte para pedirte que no me abandones en mi triste situación. Conozco tu nobleza y lealtad y estoy segura que acudirás a mi llamamiento. Logré evadirme del cautiverio, gracias a un buen corazón, y trabajo en el circo Korpanoff, donde sufro todos los horrores de la vida de la farándula..."

El conde Wladimiro dejó de leer por unos instantes para secarse las lágrimas que nublaban su vista. Cuando logró vencer la emoción que le dominaba continuó la lectura de la carta, que decía:

—“Si, Wladimiro, es tu Anita quien te escribe para suplicarte que la salves! Boris, la causa de mi desventura, me persiguió sin tregua, durante años, fué mi sombra fatal; pero no obtuve de mí nada absolutamente; te lo juro... ¡te lo juro por nuestro hijo! He sido únicamente tuya, sólo tuya, Wladimiro. Cuando me preguntaron el nombre del padre de nuestro hijo comprendí toda mi responsabilidad; por tu nombre, por el honor de tu familia, sacrificando mi felicidad y mi vida, mentí... No tengo fuerzas para resistir más. Me abraso en la hoguera de mi propio dolor. ¡Sálvame, Wladimiro!”

La condesa Kowsioi había entrado en la estancia y, al ver a su hijo entascado en la lectura de aquella carta, leyó el último párrafo y quedó conmovida, por la abnegación de aquella muchacha.

Comprendió todo el dolor de su hijo, y, sin palabras con que consolarlo, lo estrechó contra su pecho.

Wladimiro, agobiado por su tristeza, reclinó la cabeza sobre el regazo maternal y lo mismo que en sus tiempos de niño, buscó en aquel refugio seguro un consuelo para su pena.

Al fin, la condesa se hizo levantarse y le dijo, como reprendiéndole por su debilidad:

—Wladimiro, hijo mío, hay que ser fuerte ante la fatalidad.

—No puedo, madre; no puedo vivir sin el calor de sus besos, sin el dulce sonido de su voz, que parecía acariciar todo mi ser, y sin la dicha de tener entre mis brazos a mi hijo.

—Lo comprendo—exclamó la anciana—. Esta muchacha, con su conducta, se ha hecho digna de ti y yo seré quien hablaré a tu padre. Tú cumple con tu obligación y déjame hacer a mí.

—¿Verdad, mamá, que debo ir a su lado? Sacarla de la vida infernal que lleva por mi culpa.

—Sí, hijo mío. Ese es tu deber y lo que ordena una conciencia noble. Yo fui en un principio quien se opuso a esa boda y ahora me arrepiento con toda mi alma. Hazla todo lo feliz que se merece.

La vida que hacía Wladimiro de completo retraimiento, alejado de la sociedad y su constante melancolía, que amenazaba la vida del joven, había llegado a alarmar al viejo conde, que decidió poner fin a aquella situación.

Antes que le hablara su esposa, fué él quien le preguntó:

—¿Crees que Wladimiro ama todavía a esa muchacha?

—Creo que sí. De todos modos, el amor de su hijo perdurará siempre en él—contestó la condesa.

—¡Pero esa boda es una locura! exclamó el conde, rechazando todavía la idea del matrimonio de su hijo con una simple muchacha del pueblo.

—No, no es una locura. Estoy segura de que esa mujer hará la felicidad de nuestro hijo.

Y en pocas palabras, las suficientes para convencerlo, le hizo saber el enorme sacrificio de Ana, para evitar que el nombre de Wladimiro saliera a relucir.

—¿Quién sabe si eso es una nueva astucia?— volvió a decir el conde, convencido ya de lo contrario.

—No, yo he leído la carta y todos sus párrafos muestran su alma pura, desnuda con la ingenuidad de su inocencia.

—Bueno, bueno—terminó diciendo el conde—. Haced lo que queráis, pero luego no me echéis la culpa de nada.

—Descuida, que nada puede ocurrir.

¡PRONTO! ¡PRONTO!

La famosa obra que ha dado la
vuelta triunfal al mundo entero

Don Quijote de la Mancha

SEXTA PARTE

Una vez en su poder las señas de la mujer que andaba, recordó la promesa del general Raptin, y se dirigió a su palacio. Cuadrado ante su superior, el general quiso darle una prueba de su amistad y le dijo:

—¿Qué se le ofrece al teniente Kowstói?

—Mi general, vengo a pedirle el indulto de Ana Alexandrowa. ¡Esa desventurada es la madre de mi hijo!

Veo muy difícil poderle complacer, pero yo le ofrezco poner de mi parte todo lo que pueda. Puede usted hacer venir a esa muchacha y ocultarla en algún sitio hasta que se obtenga el perdón—respondió el general.

—Ya me ha pagado con creces—exclamó Wladimiro estrechando la mano que le ofrecía y saludando en busca de Ana.

Pero un nuevo dolor le esperaba. Como si la desgracia no hubiese saciado todavía su apetito, aquel corazón desgranado por la

pena iba a sufrir un nuevo golpe aplazó el más fuerte de todos.

Al día siguiente de haber cenado con el conde, el dueño del circo entró en el departamento de Ana, gritándole:

—El conde ha venido a decirme que ayer le plantaste a mitad de la zona, solamente porque intentó besarte, ¿es cierto?

—¡Sí, es verdad!—respondió la joven.—Yo acepté su invitación, pero no sus galanuras ofensivas.

—¿Y te crees lo que te estoy manteniendo para que me hagas quedar así?—volvió a decirle Korpanoff.

—Yo le prometí trabajar y lo he cumplido—contestó Ana—. ¡Jamás hubiera aceptado otra cosa!

—Me parece que te subes demasiado... Acuérdate de que me perteneces, como si te hubiera comprado, y puedo hacer de ti lo que quiera!—le amenazó el dueño adelantándose hacia ella, en actitud poco tranquilizadora.

Pero antes de que pudiera llevar a cabo su acción, el compañero de Ana se arrojó sobre Korpanoff y con sus fuerzas hercúleas le hizo salir violentamente del carro.

A los gritos del dueño acudieron los demás artistas, y el misetable, al verse protegido, se sintió valiente y empezó a forzarle mientras decía:

—¡Dejadme libre, que los quiero hacer pedruzos!

No tardó en acudir un grupo de cosacos, y Korpanoff, señalando al interior del carro donde estaba Ana y su compañero, los delató diciendo:

—¡Son escapados de presidio!... ¡Matadlos!... ¡Yo no quiero ensuciarne las manos!

Pero el buen coloso no estaba dispuesto a dejarse prender fácilmente. Sabía que aquella implicaba una muerte segura y se dispuso a vender cara su vida.

De un puñetazo arrojó fuera del carro al cosaco que pretendió entrar, y sus compañeros, al observar la actitud agresiva del atleta, tomaron precauciones para apoderarse de él.

Entró un segundo soldado y también rodó por el suelo, pero éste se llevó la mano a la bayoneta y ya iba a hundirla en el pecho del ex presidiario, cuando éste se apoderó del arma y la alzó contra su adversario.

Ana, que desde un rincón observaba espantada la terrible lucha, al darse cuenta de la acción de su compañero, se abrazó a él gritando:

—¡No! ¡Matar, no!

Tenia sujeto entre sus brazos al atleta y este momento fue aprovechado por los demás soldados para apoderarse de ellos y prenderlos.

Cuando llegó Wladimiro ya era demasiado tarde. Corrió en busca del dueño del circo y le preguntó:

—¿No trabaja aquí una mujer que se llama Ana Alexandrowa?

—Gracias a Dios que no está aquí—respondió Korpanoff—. Esa mujer ha sido detenida en unión de su cómplice.

Wladimiro creyó que el mundo entero se desplomaba a sus pies. Había conseguido el perdón absoluto del Czar, y, sin embargo, cuando creía tener más segura la felicidad, ésta se reía nuevamente de él y le volvía la espalda.

—¿No sabe usted en qué prisión la han encerrado?—volvió a preguntar.

Korpanoff se le quedó mirando un gran rato, sin comprender el interés de aquel oficial, por una mujer que había sido condenada a la Siberia, y al final contestó:

—Yo no me ocupo de eso. He sentido mucho lo ocurrido, pero si quiere informarse vaya al puesto de policía, que allí le darán toda clase de detalles.

Corrió Wladimiro al sitio que le indicaba, y el oficial de guardia, después de ver el indulto, contestó:

En efecto, esa mujer de quien me habla fué detenida, en unión del atleta que trabaja con ella y que ha conseguido escaparse.

—¿No podría ver yo a la detenida?—preguntó ansiosamente Wladimiro.

—No hay para ello más que un sólo inconveniente: el haber venido demasiado tarde. Esa rebelde debe ser fusilada el amanecer y ahora se encuentra en el fuerte de San Marcos, algo lejos de aquí, esperando el momento de la ejecución.

—Pero es que ésta no puede realizarse. Tengo un indulto concedido por S. M. y es preciso salvarla.

—Llamaremos por teléfono para que suspendan la ejecución hasta que llegue usted con la orden del indulto—propuso el oficial.

Mientras éste comunicaba con el fuerte, Wladimiro esperaba con la angustia dibujada en el rostro a que contestasen.

Pero todo fué inútil. El radio temporal de nieve había derribado los postes de la línea telefónica, y el oficial, después de llamar repetidas veces, abandonó el aparato diciendo:

—No contestan del fuerte. Sin duda, la línea debe estar interrumpida por el temporal.

No había tiempo para pensar en nada, había que tomar una resolución inmediata y esto fué lo que hizo Wladimiro.

Montó sobre su hermoso corcel e hiriendo los ijares del noble bruto emprendió una fantástica carrera hacia el fuerte.

En medio de la noche, la figura del jinete

y del caballo parecía uno de los cuatro jinetes del Apocalipsis, que corrian sin poner apenas las patas en la Tierra. No obstante, era tal su impaciencia por el temor de llegar tarde, que no cesaba de fustigar al animal, obligándole a continuar aquella carrera desenfrenada.

Las primeras luces de la mañana empezaron a despuntar, cuando Wladimiro estaba todavía bastante lejos del fuerte.

En éste había sido preparada la ejecución, y un sacerdote confortaba el ánimo de la desventurada condenada, que, sin miedo a la muerte, se encaminó con paso seguro hacia el patio.

En él había formado un pelotón de soldados, y Ana aun tuvo un pensamiento de perdón para todos aquellos que habían sido causantes de su desgracia.

El oficial que mandaba las fuerzas levantó el sable para que se prepararan los soldados y, al dar la voz de fuego, un jinete se interpuso entre el pelotón y la condenada a muerte.



— ¡Llámanos por teléfono! —

Sonó una descarga y caballo y jinete rodaron por tierra.

Afortunadamente, las balas habían herido únicamente al animal, y su dueño, sin levantarse siquiera del suelo, gritó agitando un papel en la mano:

— ¡Aquí está el perdón del Emperador! ¡El indulto absoluto!

Ana, no pudo resistir más. Aquella voz le era demasiado conocida y arrancándose el pañuelo que cubría sus ojos exclamó:

¡Wladimir! ¡Por fin!
 —¡Sí, Ana!... ¡Debí venir antes; perdóname, pero no ha sido mía toda la culpa!... ¡Yo también he sufrido mucho!

Y los dos amantes, sin encontrar palabras suficientes en que expresar toda la dicha de aquel momento, permanecieron abrazados largo rato, confundiendo sus lágrimas de felicidad.

¡¡ACONTECIMIENTOS!!

LAS GRANDES NOVELAS DE LA PANTALEA

(La primera de las Novelas Cinematográficas)

publicará en el presente mes la publicación literaria de la famosa novela

Jaque a la Reina

Asunto de máximo interés y honda emoción, de la época del Imperio ruso

PRECIO:

1'50 pts.

Reclama a

Biblioteca Films Apartado 707, Barcelona

SEPTIMA PARTE

En una pequeña aldea, cerca de la capital, el buen cosaco cuya nobleza de corazón le había impedido continuar en su destino, se pasaba la mayor parte del día jugando con Angélico, el hijo de Ana.

El pequeño, en su media lengua sostenía con el grande conversaciones y siempre terminaba preguntando:

Tío, cuando venga mamá, ¿me traerá muchos juguetes?

—Sí, mamá es muy buena, y en todas sus cartas me dice que te dé muchas besos.

—Yo se los fero dar también—respondía el pequeño.

Y luego, con un gesto de tristeza, exclamaba:

—Mamá es muy bonita, pero no quiere venir.

Otras veces era con la anciana con quien sostenía estas interesantes charlas, y en

aquella casa no había más voluntad que la del chiquillo, que se había crecido en dueño y señor absoluto.

Pero un día llegó a la aldea Ana y el conde Kowstol, y toda la alegría de la casa se alejó con la marcha del pequeño. El padre de Wladimir no era del todo conforme a aquella boda, pero no obstante, no opuso inconveniente a que se celebrase un día en la humilde casita donde vivía el buen cosaco. Esto leía a su madre la noticia del casamiento de Ana, en un periódico, que decía:

"El amor y la inocencia han triunfado."

"La triste historia de los amores del conde Kowstol acaban risueñamente. El joven teniente de cosacos Wladimir Kowstol y Ana Alexandrowa, han contraído matrimonio, viven ahora felices, después de tantos sufrimientos, y alegra su hogar la mejor de las músicas: la risa cristalina de su hijo Angelito."

No obstante, en medio de aquella felicidad una nube empañaba la dicha de los dos amantes. El alejamiento del anciano conde, que procuraba apartarse de los esposos.

Pero un día el conde Kowstol se hallaba solo en su despacho, abstraído en sus pensamientos, cuando entró el pequeño y acer-

cándose a él puso su carita de rosa sobre la suave del abuelo, a la vez que le sonreía de una manera angelical.

El anciano no pudo sustraerse a la caricia infantil, ni al poder de la sangre, y montándolo sobre sus rodillas lo apretó contra su pecho.

Ana y Wladimir contemplaron aquella escena y sus almas se sintieron piadosas de dicha. El único obstáculo que se interponía para que su felicidad fuera completa lo había destruido la sonrisa del niño.

Y desde aquel día los bucles de oro de una linda cabecita infantil dieron calor a un viejo corazón, cual los rayos del sol meridiano a las resacas secas de una añosa encina.

F I N

OTRO GRANDIOSO EXITO EN
Las Grandes Novelas de la Pantalla
(LA PRIMERA NOVELA CINEMATOGRAFICA)

Jaque a la Reina

Novela de emoción y misterio, cuya trama de vibrante interés y sugestivo asunto amantoso llenará la atención



Óptima interpretación de los artistas
Mme. Dulin, Charles Dulin y Pierre Blanche

Precio: 1.50 PESETAS

DIREJA USTED LOS PEDIDOS A
Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona
Rogamos nos remitan cinco céntimos para el certificado

Selección de FILMS DE AMOR

ha editado la producción novelada

La Tragedia del Payaso

Óptima interpretación de los artistas

Goesta Ekman
Karina Bell
y **Maurice de Feraudy**

Precio de la novela: 50 cts.

ACONTECIMIENTO

No deje usted de edentir hoy mismo
el sugestivo, interesante y ameno

Almanaque 1928 de Ricardito

cuyo famoso saltarín alcanzó mayoría
de votos en el concurso y gran
Concurso del Almanaque Tom Mix

Historietas: Aleuyas
Chistes: Pasatiempos

Precio

30 cts. Profusión de grabados

GRAN SELECCION DE Biblioteca Films

50 céntimos

TITULO	PROTAGONISTA
La Rosa de Plumas	R. Melier
La Brecha del Infierno	C. Verdades
Koenigsbrunn	J. Catalán
En las ruinas de Reims	Frank Mayo
Los dos pilletes	J. Faresi-L. Shaw
Como Li Juan de Serrallonga	Fay Compton
Conciencia contra ley	M. Vargonyi
El lobo de París	H. Baudin
El Abuelo	M. Ribes
El blan perdón	Allen Jerro
La madre de todos	Mary Carr
Roma de noche	R. Melier
El último correo	Vera Reginas
Rapa Vieja	Chiquilla
La noche del fuego	Ronald Coman
Variedad y Aguja humana	Eva de Paul
Una gran señora	N. T. O'Neil
Los hijos del trabajo	J. Naro
Metrópolis	B. Helm
Indus singulares	M. Jacobini

SOLICITAMOS CORRESPONDIENTES

ENTRAME CATEGORIAS GRAYES

Servimos números sueltos y colecciones completas.
previa envía del importe en sellos de correo. Remitan
cinco céntimos para el certificado. Franco gratis.

Biblioteca Films-Apartado 707, Barcelona

Compre cada semana

la publicación que faltaba

La Chiquilla

EL PRIMER SEMANARIO ILUSTRADO PARA NIÑAS

...

Historietas : Aletas : Fantásticos

Novelas cortas : Regalos

Páginas de labores



Profusión de grabados

CUATRO TINTAS

Solamente cuesta

10 céntimos

pero vale muchísimo más

DEBIDO LOS PEDIDOS Y SUSCRIPCIONES A
BIBLIOTECA FILMS, LA CHIQUILLA
Apartado Correos 707 - Barcelona

Collezione Ud. la selezione de
FIMS DE AMOR

50 centimes

01441

WILSON, J.

[illegible]

¡GRAN ACONTECE

Todos los aficionados
al cine leerán el ya famoso

Almanaque Biblioteca Films

1928

que, en sus páginas a dos colores, contendrá

Artísticas fotografías a todo color.

Biografías de artistas.

Novelas cinematográficas de recientes producciones.

Indicaciones y secretos de los "estudios".

Foto-retratos a varias tintas sobre rico papel conchê.

Portada a todo color.



Precio popular: 1 pta.